

CAPÍTULO IV

LOS LATINOS

LOS LATINOS IMITADORES DE LOS GRIEGOS. — POETAS ÉPICOS, POETAS DRAMÁTICOS. — EDAD DE ORO : VIRGILIO, HORACIO (LÍRICO), OVIDIO. — EDAD DE PLATA : PROSISTAS, HISTORIADORES Y FILÓSOFOS : TITO LIVIO, TÁCITO, SÉNECA. — DECADENCIA BRILLANTE AÚN.

La literatura latina es, por decirlo así, una rama de la literatura griega. Comienza mucho después de ésta, acaba antes, y siempre ha tomado de ella cuando menos parte de sus fuerzas vivas. La literatura romana no comienza realmente sino a partir del momento en que los Romanos entraron en contacto con los Griegos, leyeron sus obras y sintieron deseo de imitarlas; lo cual viene a significar que comienza en el siglo III^o antes de Jesucristo. La primera manifestación de esta literatura es épica. Nevio y Livio Andrónico hicieron epopeyas. Carecen de talento. Enio hizo una; tenía mérito; lo que de sus *Anales* han citado los críticos latinos lleva, al principio, el sello de un enérgico sentimiento

patriótico que agrada; después, tiene energía, y, a veces, cierto brillo. Compuso además Enio algunos poemas didácticos y satíricos. Para los romanos, era Enio el gran antepasado, el padre de la literatura latina.

Lucilio fué un satírico. Según Lucilio. los fragmentos que de él tenemos, hasta fué un satírico político muy agudo y muy penetrante. A pesar de su soberano desdén por cuanto había precedido a su siglo, no dejaba Horacio de estimarle y convenía en que había algo que sacar y que recoger de aquel « torrente cenagoso ».

En aquella época existían la **La comedia.** comedia y la tragedia. Hasta es de notar que, más tarde y en la **Plauto.** época floreciente de la literatura latina, fué cuando dejaron de existir. Se le ocurrió a Plauto transportar a Roma comedias griegas del tiempo de la comedia nueva, y de acomodarlas más o menos a las costumbres latinas. Tenía un estilo rudo y brutal que no carece de potencia, y más de una vez le ha honrado Molière al inspirarse en él. Terencio, después de él, amigo de Escipión el segundo Africano, y quizás en colaboración con él, muy distinto de Plauto en cuanto a género de talento, tierno, dulce, romanesco, sentimental, sonriente más bien que chistoso, según conjeturas inspirándose muy directamente en Menandro, escribió comedias que, leídas, son muy agradables, pero que no debieron de tener gran aceptación en el

teatro. Sin embargo, goza de gran estima entre los escritores romanos, y, en cierta época de nuestra historia, en el siglo xvii, obtuvo singular y unánime favor.

A la comedia propiamente
La atelana. dicha, ya representara ésta a los romanos, ya a los griegos, agregaron los romanos la atelana, procedente de los Etruscos (Atela, ciudad de Etruria), y que era una especie de farsa con personajes consagrados (el comilón gordo, el comilón flaco, el viejo avaro siempre escarnecido, etc.)

Trataron Pomponio y Nevio de elevar este recreo popular a la altura de un género literario, y lo consiguieron. Esta vez, tratábase de un género muy realmente nacional. Tenía mucha analogía con la moderna comedia italiana popular que nos muestra sus Casandras, sus Pantalones y sus Arlequines, sin que pueda decirse que la comedia italiana ha salido de la atelana. Tuvo mucho éxito la atelana en el siglo segundo antes de Jesucristo. No obstante, fué destronada por el mimo, que fué el género de literatura cómica verdaderamente nacional en Roma. El mimo era una comedia de costumbres populares y muy populares; era una pintura de las capas bajas de la sociedad, en lo que tenían de peculiarmente chusco. Se sostuvo hasta fines del Imperio romano, sin adquirir mayor nobleza; al contrario. Han sobrevivido los nombres de algunos autores de mimos: Publio Siro y Laberio, en tiempo de César. Lo curioso es que en los mimos, a pesar de lo licenciosos, y aun obscenos, que eran, cam-

peaban sentencias altamente morales que los gramáticos latinos nos han conservado. Explíquese como se quiera esta curiosa mezcla y este contraste; acaso se tratara sólo de una costumbre que había ido tomando cuerpo.

Respecto a la tragedia, su vida
La tragedia. fué más corta aún que la de la comedia; pero fué, sin duda alguna, muy brillante, y es de lamentar que no se haya conservado. Livio Andrónico y Nevio han escrito tragedias; pero los tres grandes trágicos son: Enio, su sobrino Pacuvio Sófoles, y Atio Esquilo. Los tres han ambicionado hacer grande, majestuoso, sublime; los tres parecen haber sido muy sentenciosos y haber abundado en máximas, pero, conviene desconfiar: como conocemos a esos autores por las citas que de ellos han hecho los gramáticos, y como los gramáticos han, naturalmente, citado más bien *rasgos* que fragmentos de diálogos, puede ocurrir que dichos autores nos parezcan sentenciosos, y que no lo hayan sido, en realidad, tanto como dicen.

Casi al mismo tiempo que la
La prosa literaria. poesía pareció en Roma la prosa literaria. Cicerón nos da nombres de grandes oradores contemporáneos de Enio, y hay historiadores y didácticos que son del mismo tiempo. Catón el Antiguo, el gran censor, fué historiador; escribió un libro, los *Orígenes*, que parece haber sido la historia, no sólo de Roma, sino de toda Italia desde la fundación de Roma; fué didáctico; escribió un *De re*

rustica (acerca de la vida rústica) que ha llegado hasta nosotros y que es sumamente interesante, pues nos revela las costumbres de los romanos dueños de fincas rurales, nos dice su sencillez, su dureza de corazón, su avaricia, cualidades y vicios que conocía muy bien Catón, pues los tenía todos.

El tiempo de César fué una
El tiempo de gran época literaria. Ante todo y
César.

César mismo, gran orador, autor de escritos epistolares, gramático e historiador. Sus *Comentarios*, es decir, sus memorias, la historia de sus campañas, son admirables como claridad, como precisión; están escritos en estilo rápido y corriente. Cornelio Nepos ha escrito un compendio muy claro y de una sobriedad robusta de la historia universal con el título de *Chronica*. Varrón, especie de enciclopedista, ha escrito un *De re rustica* y una obra acerca de la *lingua latina*, y *Sátiras menipeas*, sátiras en efecto, pero con mezcla de prosa y de verso, una obra acerca de la *Vida romana*, y cantidad de obritas sobre todos los asuntos posibles. Cicerón le dice: « Nos has cogido todas las cosas divinas y humanas. » Tenía una inmensa erudición y un espíritu violento que no carece de encanto. Hemos de figurárnoslo como un sabio de nuestro siglo xvi.

Cicerón es acaso el más gran
Cicerón. *literato* de todos los tiempos. Es muy visible que en su alma han entrado a un tiempo todas las aficiones, como ha

dicho Voltaire de sí mismo, y que todas las ha satisfecho. Es hombre político, abogado, orador, poeta, filósofo, profesor de retórica, moralista, gramático, escritor político, autor de cartas; dió la vuelta a todos los conocimientos humanos, tomó parte en todas las cosas humanas, y es un grandísimo escritor. Lo que más nos interesa en su obra inmensa, son sus discursos políticos, sus cartas y sus tratados de moral. Sus discursos políticos son de un hombre honradísimo que tuvo siempre miras rectas y el afán de los intereses primordiales de su patria; sus cartas son de un hombre sumamente ingenioso y de un excelente amigo; sus tratados de moral, en particular su *De officiis* (de lo deberes), son de un espíritu muy elevado que subordina todos los demás deberes humanos a las obligaciones para con su patria. No siempre estuvo a la altura de las circunstancias; era muy digno de que, en cambio, le favorecieran ellas a él.

Salustio, personaje que parece
Salustio. haber sido muy despreciable, fué un historiador muy sagaz y un excelentísimo escritor. Dió una historia de Catilina y una historia de Yugurta. Son, éstas, obras maestras de lucidez y de viveza dramática. Es admirable en las máximas, las cuales, por su corte, recuerdan las de La Rochefoucauld: « Querer las mismas cosas, odiar las mismas cosas, eso es la amistad. » « El espíritu de facción, es la amistad de pillos », etc.

No menos brillante que la prosa
La poesía. es la poesía en la época de César.

Cátulo. Es aquél el tiempo de Lucrecio y de Cátulo. Cátulo, mundano encantador, voluptuoso amable, enamorado apasionado y elocuente, epigramatista temible, con cierto tinte de alejandrinismo (pero apenas, pues se ha exagerado mucho esta particularidad), está muy cerca de ser un gran poeta. Tiene la fuga, el arranque, y, también, la gracia y una sensibilidad vibrante. Por muchos aspectos, recuerda a Andrés Chénier, quien, por cierto, le conoció bien.

Lucrecio. Lucrecio es un grandísimo poeta. Si conociéramos a Epicuro más cumplidamente que por fragmentos, es muy probable que estaríamos tentados de decir que Lucrecio no es sino un traductor; pero, en primer lugar, nada sabemos acerca de esto; y, luego, aun cuando fuera una simple adaptación la parte didáctica del poema de Lucrecio (*Acerca de la Naturaleza*), quedarían toda la parte oratoria y toda la parte descriptiva, que son lo que más hermoso hay en la obra. En sus invocaciones a Epicuro, en su prosopopeya de la naturaleza al hombre para mandarle que se resigne a la muerte, en su descripción de Ifigenia inmolada, en su descripción de la vaca errando por los campos en busca de su ternera perdida, hay una amplitud, una grandeza épica que recuerda a Homero, que hace pensar en Dante, y a la que Virgilio mismo, mucho menos desigual, pero no menos grande, no ha llegado.

El « siglo de Augusto », que
El siglo no es verdaderamente muy grande
de Augusto. sino en tanto que con este nombre se entiende la época de César y la

de Octavio, y así es como lo entendían nuestros padres, no deja, tomándolo limitativamente, de presentarnos literatos de bellísimo genio: Virgilio, Horacio, Tito Livio. Tito Livio, que es uno de los escritores que más se han distinguido por la pureza y la belleza de su estilo, y que es además — en su cuarto de trabajo — un orador de seductor talento, escribió una historia romana compuesta, en su primera parte, de las leyendas que se transmitían en Roma de generación en generación, y en la que nos es imposible distinguir lo verdadero de lo falso, en la que figuran, en unas dos terceras partes, informes muy precisos suministrados al autor por los historiadores anteriores y por los Anales de los pontífices. Se ha hecho observar que, por ser de la Cisalpina, Tito Livio es un galo en quien se observan ya las cualidades francesas: orden, claridad, regularidad en el desarrollo, estilo sostenido y esmerado, aficiones oratorias. Ardiente patriota, republicano decidido, tratado por Augusto — amistosamente — de « pompeyano », escribe la historia romana, primero, sin duda alguna, para darla a conocer; pero, sobre todo, para inspirar a los romanos de su tiempo admiración, respeto y amor por las sanas y rígidas costumbres y las excelsas virtudes de sus antepasados. Levantó un monumento del que, por desgracia, falta una parte, pero que ha sido bastante consultado por los frágicos modernos, sin contar con que ha sido

también de algún socorro a los oradores deseosos de perfeccionarse en su arte.

Casi del mismo país es Virgilio. **Virgilio.** Era un alma encantadora, muy tierna, muy dulce, muy sensible a la amistad, muy pura y blanca, como ha dicho Horacio, con tendencia a la melancolía. Las dos fuentes de su inspiración fueron Homero y el amor de Roma; agreguemos, por espacio de algún tiempo, Teócrito. Enamorado del campo y de la vida campestre, comenzó por escribir las deliciosas *Bucólicas*, en las que no se atreve a ser tan realista como el poeta siciliano, pero en las que hay una gracia infinita y una exquisita sensibilidad, y, siempre en algunos versos, descripciones admirables que evocan en nuestro espíritu las de La Fontaine; — enamorado de la tierra y deseoso, de acuerdo con Augusto, de inclinar a los italianos a que volvieran a la agricultura, escribió las *Geórgicas*, es decir, las labores del campo, describiéndolas con notables precisión y exactitud; de cuando en cuando, para descanso del lector, intercala algún *episodio*, que es algún hecho histórico o una leyenda mitológica. En fin, queriendo atribuir a Roma el pasado más glorioso posible, renovó la antigua según la cual los antiguos reyes de Roma descendían de los antiguos reyes de Troya la Grande, y compuso la *Encida*. La *Encida* es a un tiempo una *Odisea* y una *Iliada*. Los cinco primeros libros, que contienen las aventuras de Eneas desde la toma de Troya hasta su llegada a Italia, son una *Odisea*;

los seis últimos libros, que relatan los combates de Eneas en Italia para conquistarse en ella un puesto, son una *Iliada*. En su parte media, el sexto libro es una bajada a los infiernos, imitada también de Homero, pero del todo nueva, por enriquecerla hermosísimos pensamientos filosóficos que no pudo conocer Homero. El centro del poema, y lo que constituye su unidad, es Roma, que no existe, pero a la que se ve siempre en el porvenir. Hacia ella tiende todo el poema, y, por medio de ingeniosos artificios, por profecías cada vez más precisas, por la descripción de la rodela de Eneas, etc., vemos referida en él rápidamente la historia romana misma. El soberano mérito de Virgilio es su sentido artístico. Otros han sido más potentes o más profundos: ningún hombre ha escrito en verso mejor que él, cualquiera que fuera el asunto que trataba.

Horacio era un hombre de inagotable ingenio y que conocía bien a los poetas griegos. Con su conocimiento de los poetas ha compuesto odas llenas de recuerdos de los Alceos y de los Estesícores, minuciosa y finamente trabajadas, acostumbrando a los romanos a saborear bajo vocablos romanos las musicales frases de los griegos, pero frías. Con su ingenio, su facilidad de expresión, su vivísimo sentido de lo cómico, su amable filosofía moral tomada: un poco de los estoicos, y, sobre todo de Epicuro, compuso sus *Sátiras* y sus *Epístolas*, que son un regalo para los más delicados, y que ningún interés han perdido para

nosotros, como tampoco Montaigne. Es un hombre encantador. No es un gran poeta. Es el más ingenioso de los poetas y el más poeta de los hombres de ingenio.

Seguidamente a él, vinieron
Tibulo. Tibulo, Propercio y Ovidio. Tibulo
Propercio. era un elegíaco tierno y triste,
Ovidio. menos apasionado y de menos fuerza que Cátulo; lleno de gracia y enternecedor. Todos los poetas elegíacos, y, en particular, Andrés Chénier, se han acordado de él. Propercio tiene notable talento de versificación; pero, más erudito que inspirado, casi puro alejandrino, es más interesante para el humanista que para un hombre ordinario. Ovidio, dotado de una facilidad y de una destreza de versificador prodigiosas, hábil descriptor en sus *Metamorfosis*, ingenioso y frío en su *Arte de amar*, tiene momentos patéticos en sus elegías (*Pónticos*, *Tristes*) en las que llora, desterrado, sus propios infortunios.

Con el siglo segundo se inicia
La la decadencia. Los retores, que
decadencia. son en Roma lo que en Atenas eran los sofistas, pero que son mucho menos inteligentes, dirigen el espíritu público. No lo estropean por completo, pero no le dan fuerza, y, creyendo los Latinos que habían llegado a ponerse a la altura de los Griegos, parecen inspirarse menos en los eternos modelos.

Sin embargo, hay aún vigor en la savia latina. Quinto-Curcio, historiador romanesco que ha escrito una historia de Alejandro en la que da sobrada hospitalidad a la leyenda, relata con mucho brillo y esparce en su relato máximas y apotegmas virorosamente acuñados. Es un notabilísimo escritor. Plinio el Antiguo es un grandísimo sabio, y, aunque un tanto amanerado como escritor, es un muy digno sucesor de Varrón.

Cuidó Séneca de alimentar copiosamente su espíritu de filosofía griega, y predica el estoicismo en estilo conciso, antitético, epigramático, intencionado, de mucho ingenio, llegando a veces a la fuerza.

Petronio, hombre de gusto muy delicado, pinta costumbres deplorables. La tragedia trata de renacer con Séneca el trágico, que acaso sea el mismo que el Séneca moralista de que acabamos de hablar, y es lo bastante para que se hayan inspirado en ella nuestros trágicos del siglo xvi, y aun Racine mismo en *Fedra*. Persio, discípulo de Horacio respecto a las sátiras, conciso hasta el punto de ser obscuro, tiene a menudo un vigor y una aspereza que conmueven fuertemente. Estropeado por cierta afición declamatoria, Lucano es, en el fondo, un grandísimo poeta, sobre todo poeta orador, pero, en este sentido, es a menudo admirable. Silio Itálico, Valerio Flaco, Estacio vuelven a la escuela de Virgilio, y, cuando menos

demuestran talento de versificación. Marcial, casi exclusivamente epigramático, tiene muchísimo ingenio.

Juvenal. Bruscamente, por encima de todos sobresale Juvenal, príncipe de los satíricos de todos los tiempos. Tiene la pasión de la honradez, el brío y la amplitud oratorios, un increíble vigor de colorista, el don de los versos acuñados en medallas, el don, también, de las enérgicas sonoridades metálicas. Victor Hugo, en la parte satírica de sus obras, se ha, no sólo inspirado en él, sino que parece empapado de él.

Ha llegado la época de Trajano. **La época de Trajano.** Elegantemente, finamente, con cierto amaneramiento, enseña Quintiliano una excelente retórica llena de sentido y de gusto. — Dulce y alegre, honrado y divertido, aboga como orador insinuante, y, con pretexto de *Cartas* a sus amigos, escribe Ensayos de moral amable que hacen pensar en Montaigne.

Tácito. Tácito es un gran historiador psicólogo y moralista. Es, como ha dicho Racine, « el más gran pintor de la antigüedad », y con esto quiere decir Racine el más gran pintor de retratos. Tiene un estilo del todo nuevo, creado por él, nervioso, musculoso, rico de color, recogido de metáforas cortas, al que se parece no poco el de Michelet, pero con menos febrilidad y con menos fuerza.

Aulu-Gelio. Bajo Marco Aurelio, está en bajala literaturalatina. Aulu-Gelio no es más que un erudito algo desordenado, o, cuando menos, poco metódico, y escribe débilmente. Con su *Asno de oro*, Apuleyo no es sino un novelista caprichoso, muy complejo; tiene curiosidad por todo, y, sobre todo, por las cosas singulares; vivo, divertido, místico a veces: en suma, muy desconcertante.

Se halla en edad adulta el cristianismo. **Escritores del cristianismo.** Tiene escritores que cuentan, y que, a veces, son grandes escritores: el enérgico y violento Tertuliano, tan querido de Bossuet; san Cipriano, lleno de unción, de dulzura y de caridad. Lactancio, filósofo cristiano hábil, ingenioso y de una sutileza insinuante; san Hilario, polemista ardiente, impetuoso y torrencial; san Ambrosio, elevado, sensato, sereno, muy letrado, muy « romano », y que es como el Cicerón del cristianismo; san Jerónimo, ardiente, apasionado, de una sensibilidad muy viva, de una imaginación arrebatada y arrebatadora, que, aparte toda idea de escándalo, hace pensar en lo que más hermoso y más puro hay en Juan Jacobo Rousseau; en fin, el gran doctor, el gran filósofo del cristianismo: san Agustín.

San Agustín. San Agustín es ante todo un filósofo, un hombre que analiza las ideas y que ve todo lo que encierran, y su principio primero, y su alcance y sus consecuencias postreras. Es, además, un gran orador; es, también, un historiador, o más

bien un filósofo de la historia en su *Ciudad de Dios*; es, en fin, un poeta del corazón y de la sensibilidad más exquisita en sus inmortales *Confesiones*. Es, acaso, el hombre más extraordinario del mundo antiguo.

Hasta tenía sus poetas el cristianismo : Comodiano, Juvenco, San Paulino de Nola. Ninguno rayó a gran altura, pero en todos ellos se nota un vivo sentimiento, del cual había de acordarse más tarde Chateaubriand, de lo que de profundamente poético hay en el cristianismo.

Los últimos poetas profanos fueron más brillantes que los poetas cristianos. Avieno es encantador por su elegancia y su gracia algo femenina. Nótese que es (con Prudencio) el solo poeta lírico desde Horacio. Ausonio tiene sensibilidad y un sobresaliente talento descriptivo. Claudiano, retor en verso, se eleva a veces hasta la verdadera elocuencia y tiene un brillo continuo que, porque es continuo, cansa, pero que no deja de ser un defecto maravilloso. Citemos en fin a Rutilio; en primer lugar, porque tiene talento; y, después, porque aun en completa invasión de los bárbaros, hizo un apasionado elogio de Roma que es, involuntariamente, una oración fúnebre; en fin, porque, enemigo furioso de los cristianos, definió, no menos involuntariamente aún, el grande y hermoso cambio que del paganismo al cristianismo se había producido : « *Tunc mutantur corpora, nunc animi*. Antes, metamorfoseábanse los cuerpos; hoy, las almas. »

CAPÍTULO V

EDAD MEDIA : FRANCIA

CANTARES DE GESTA : « CANCIÓN DE ROLDÁN » Y POESÍAS LÍRICAS. — EPOPEYA POPULAR : « NOVELAS DE RENART ». — HISTORIETAS POPULARES : ROMANCES. — HISTORIADORES. — EL POEMA ALÉGÓRICO : « NOVELA DE LA ROSA ». — TEATRO.

Hacia el siglo x se vió libre de la tutela del latín la literatura de *de Gesta*. Por entonces aparecen las grandes epopeyas llamadas *Cantares de Gesta*. El más célebre es la que lleva por nombre *Canción de Roldán*. Es el relato del último combate que riñó Roldán a su regreso de España, en el desfiladero de Roncesvalles, y de su muerte. La forma de este poema es un poco seca y un tanto monótona; pero hay en él trozos admirables, como la bendición de los moribundos por el obispo Turpín, la despedida de Roldán a Oliverio; Roldán, en el momento de morir, tendiendo su guante a su Señor Dios, etc.

Numerosos fueron los cantares de gesta. Los hubo que celebraban a Carlomagno y a sus compañeros; otros, que celebraban a Artus, rey